



ORAR CON LOS SALMOS

- LA ORACIÓN DE LA IGLESIA -

© AGPolo
2007



ORACIÓN
DESPUÉS DE
UNA CALAMIDAD

salmo 59

En esta lamentación, aparecen reflejados los diversos momentos de una acción litúrgica, celebrada con motivo de una grave derrota nacional.

En la primera parte (vs. 3-7), la comunidad se queja ante el Señor por la dura prueba a que se vio sometida.

Luego viene un oráculo del Señor (vs. 8-10), que promete a su Pueblo la total recuperación de sus antiguos dominios.

Este oráculo divino se caracteriza por sus audaces antropomorfismos y por su estilo épico.

La parte final del Salmo es una reiteración de la lamentación y de la súplica (vs 11- 13), y una profesión de confianza en el poder de Dios (v. 14).



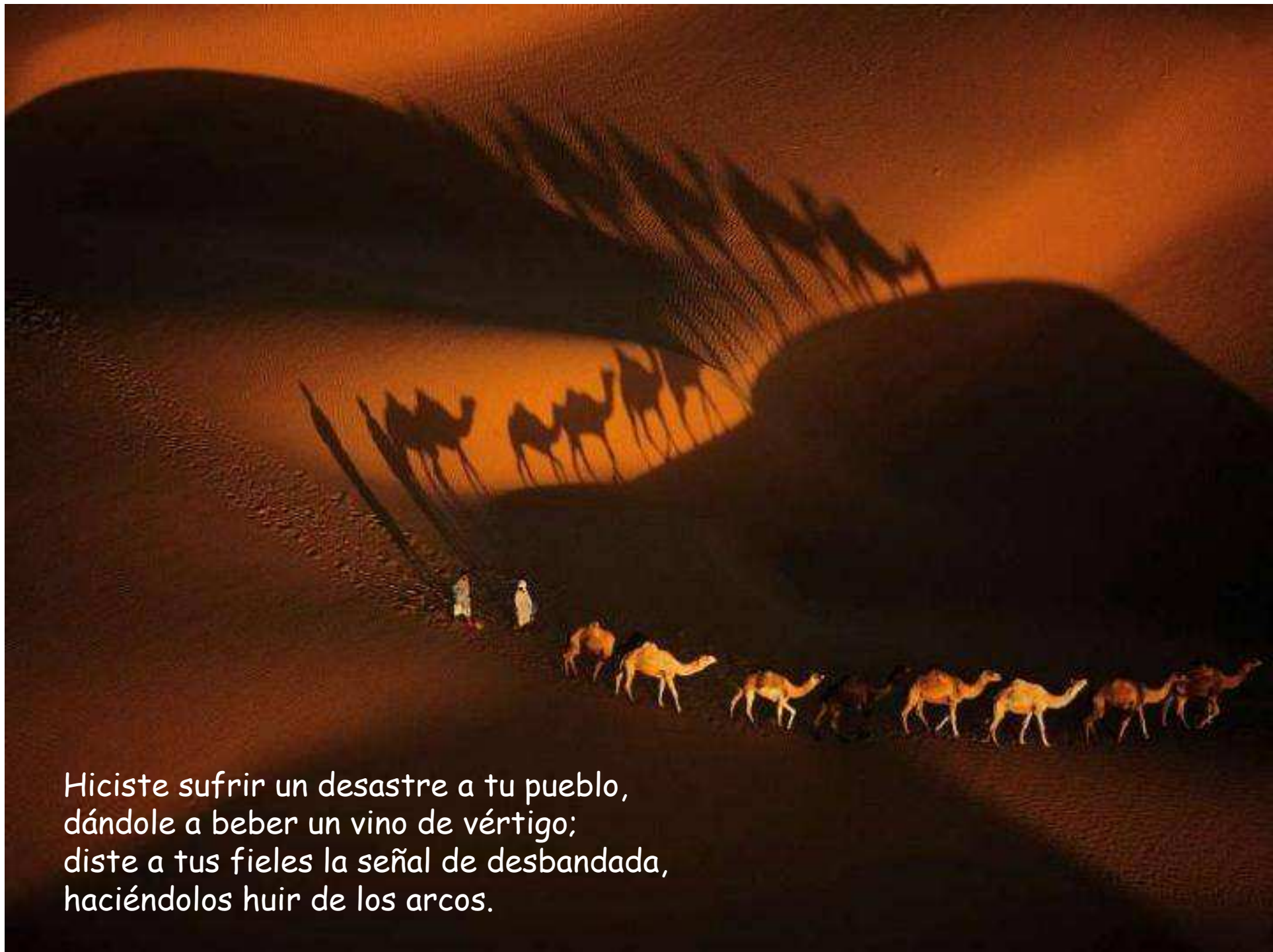


La Iglesia, como pueblo de Dios, no será rechazada del todo; pero parte de su tierra, de sus fieles, sufren derrotas y desastres.

A la voz de la Iglesia responde la voz de su Señor, asegurando que él es el dueño de esta tierra y de este pueblo. Así aprende la Iglesia a poner toda su confianza en su Señor, porque el auxilio del hombre es inútil en esta empresa de extender el reino de Dios en la tierra.

*Oh Dios, nos rechazaste y rompiste nuestras filas;
estabas airado, pero restáuranos.
Has sacudido y agrietado el país:
repara sus grietas, que se desmorona.*



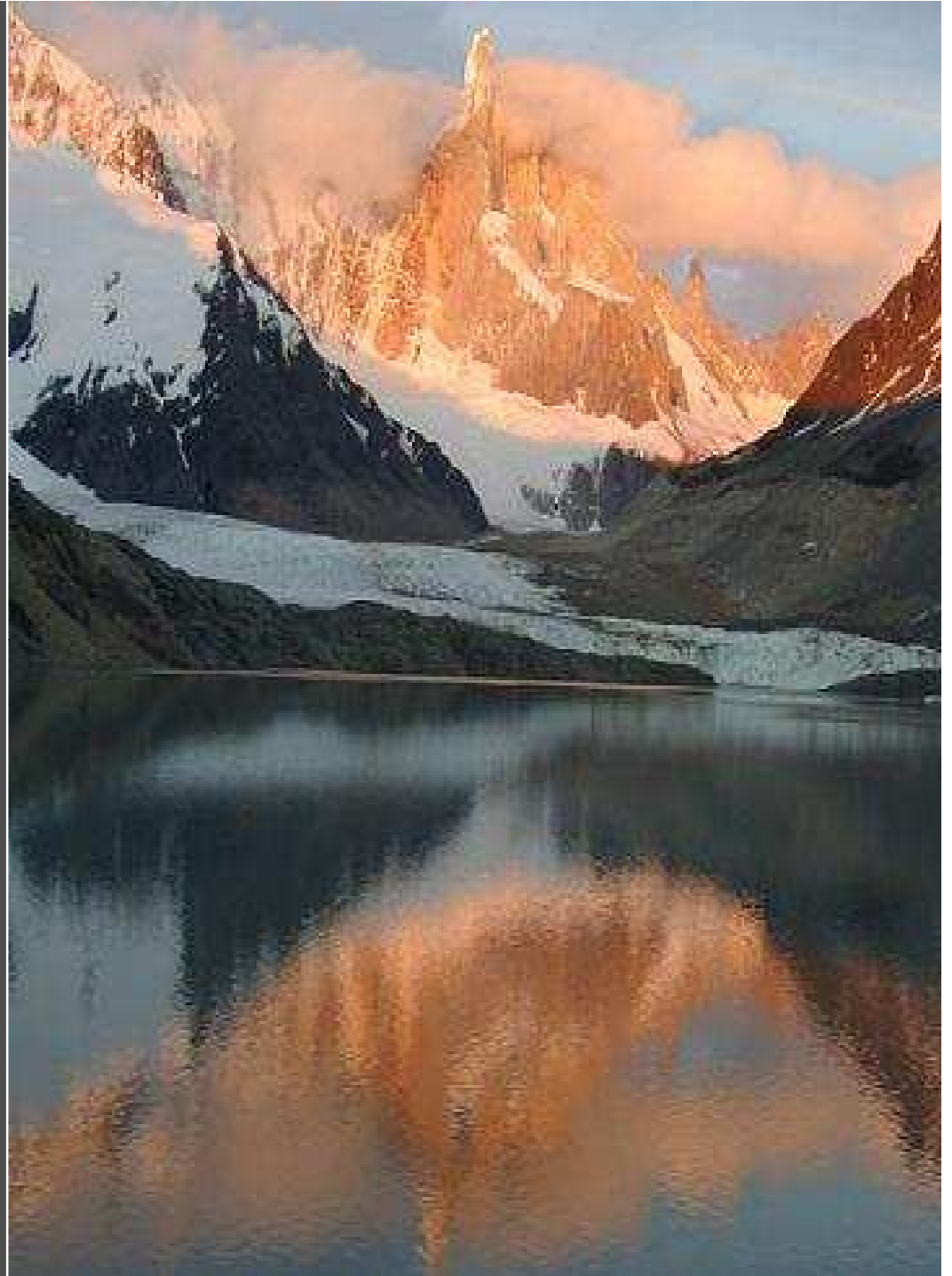



Hiciste sufrir un desastre a tu pueblo,
dándole a beber un vino de vértigo;
diste a tus fieles la señal de desbandada,
haciéndolos huir de los arcos.



**Para que se salven tus predilectos,
que tu mano salvadora nos responda.**

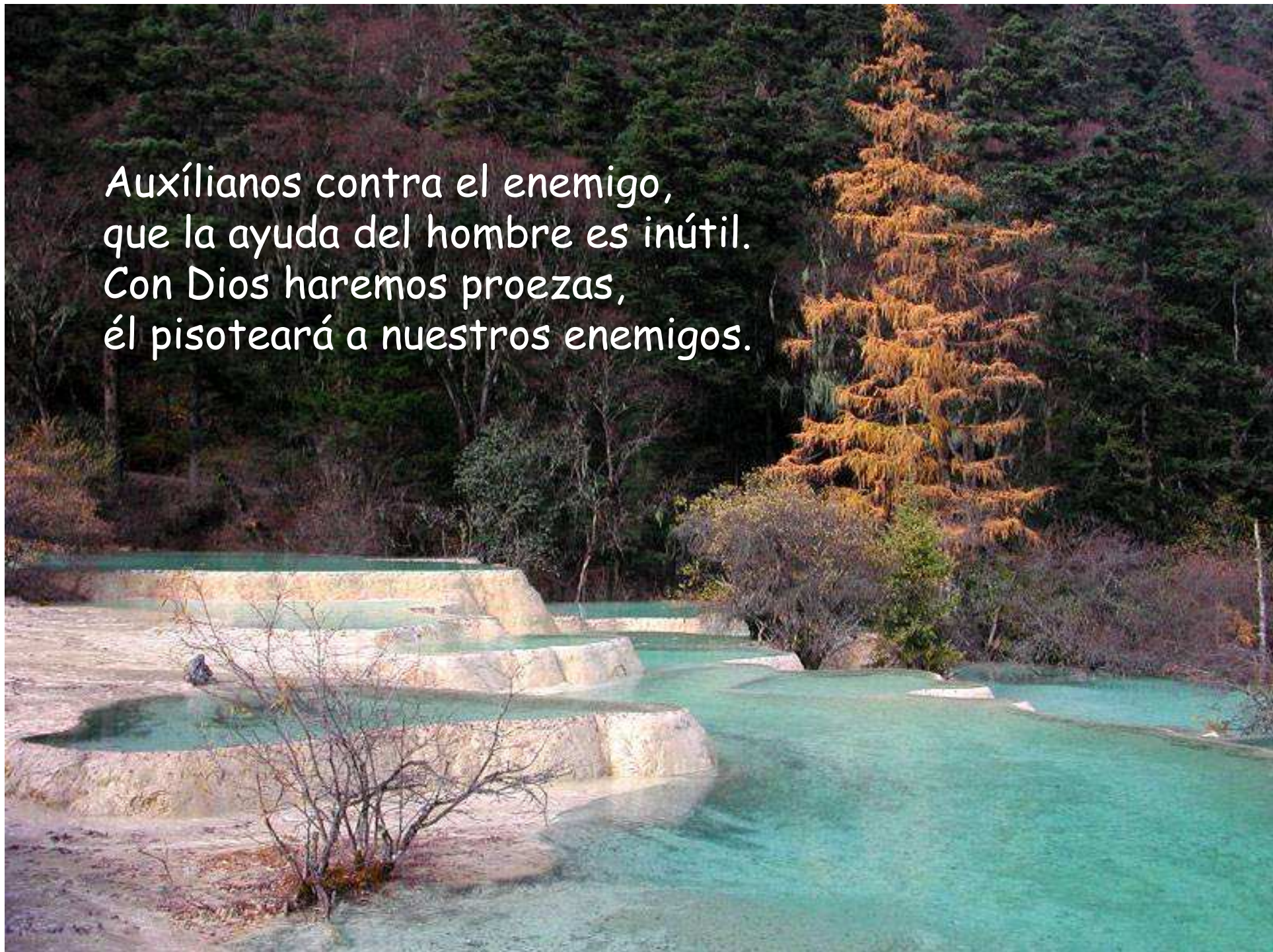
Dios habló en su santuario:
"Triunfante ocuparé Siquén,
parcelaré el valle de Sucot;
mío es Galaad, mío Manasés,
Efraín es yelmo de mi cabeza,
Judá es mi cetro;
Moab, una jofaina para
lavarme;
sobre Edom echo mi sandalia,
sobre Filistea canto victoria".

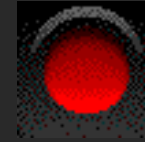




Pero ¿quién me guiará a la plaza fuerte,
quién me conducirá a Edom,
si tú, oh Dios, nos has rechazado
y no sales ya con nuestras tropas?

Auxílianos contra el enemigo,
que la ayuda del hombre es inútil.
Con Dios haremos proezas,
él pisoteará a nuestros enemigos.





«¿Quién me llevará a la ciudad fortificada?».


Esa ha sido mi oración de toda la vida, mi deseo diario, la meta de todos mis esfuerzos y la corona de mi esperanza. Entrar en la ciudad. Conquistar la plaza fuerte. Atravesar sus murallas, pasar más allá de sus fortalezas, llegar a su mismo corazón; sí, su corazón; no sólo su corazón de asfalto y adoquines en la plaza mayor que rige su mapa y su vida con la vorágine de su tráfico y el esplendor de sus tiendas, sino el corazón de su cultura, su historia, su vida social, su carácter, su personalidad. Quiero entrar en la ciudad. Quiero llegar a su corazón.

Los baluartes y bastiones de la ciudad moderna contra ti, Señor, y contra mí que te represento, no son muros de piedra o torres almenadas; son más sutiles y más temibles. Son el materialismo, el secularismo, la indiferencia. La gente no tiene tiempo; la gente no se preocupa. No hay sitio para las cosas del espíritu en la ciudad de la materia.

Quiero entrar en la ciudad no con la curiosidad anónima del turista, sino con el mensaje del profeta y con el reto del creyente. Quiero hacerte presente en ella, Señor, con toda la urgencia de tu amor a la totalidad de tu verdad. Quiero entrar en la ciudad en tu nombre y con tu gracia, para santificar en consagración pública la habitación del hombre

«¿Quién me guiará a la plaza fuerte, quién me conducirá a Edom?». Sólo tú puedes hacerlo, Señor, porque a ti te pertenece la ciudad en pleno derecho.

Edom es tuya, Señor. Hazla mía en tu nombre para que pueda devolvértela, consagrada, a ti.



*Oh Dios, que no rechazas a tu pueblo, la Iglesia santa:
guíanos hasta la plaza fuerte de la Jerusalén celestial, y
allí, participando de la historia de tu Hijo, pisotearemos a
los enemigos de la salvación. Por Jesucristo, nuestro Señor.*

© AGPolo
2007